

# Galilei, el gran rebelde

Susana Sánchez Sánchez

Academia de Desarrollo Humano, Universidad Politécnica de Puebla  
J. C. Bonilla, Puebla, México

En busca de un mejor futuro económico para su hijo, Vicencio Galilei, profesor de música y comerciante de la baja nobleza florentina –casado con Guilia Ammannati– sacó a su vástago del Monasterio Camaldolese de Vallombrosa para que estudiara Medicina. Así, en 1581 y con 17 años de edad, el joven Galileo Galilei entra a la Universidad de Pisa. Tras cuatro años de estudio, no cumple con los deseos de su padre; prefirió las Matemáticas y la Filosofía Natural (Física); dejó trunca la carrera impuesta, no así la elegida por vocación.

Sin título de médico, pero hábil para las matemáticas y curioso acérrimo, Galilei empezó a dudar sobre el precepto de que la Tierra era el centro de todo –como lo proponía la teoría aristotélica-tolemaico, originada en la cultura griega (en el siglo IV a.C.)– y se inclinaba más por la idea de que el Sol era el centro, y la Tierra (como el resto de los planetas) giraba alrededor de él, tal y como ya lo había planteado Nicolás Copérnico, sólo que hacía falta probarlo. ¡Galileo lo hizo!

En los términos de este siglo XXI, Galilei era “ñoño” y “matado”; pero para su tiempo, siglo XVII, cuando la Santa Inquisición estaba en auge: estudiar, investigar y, sobre todo, romper con paradigmas era sinónimo de herejía. Doña Guilia Ammannati era la primera en oponerse a las prácticas de su hijo, quien además no iba a misa, lo que la llevó a actuar contra él en el Santo Oficio (de Florencia), cuando la edad del joven oscilaba entre los 18 y 25 años. La demanda no tuvo repercusiones; Galileo Galilei siguió con sus investigaciones, de tal suerte que en 1589 consiguió la cátedra de Matemáticas de la Universidad de Pisa y, en 1592, la de Padua (en la que se mantuvo hasta 1610). No obstante, su progenitora seguía al acecho, ahora a través de Silvestro Pagnoni, quien fungía como ayudante de Galilei en la producción de copias científicas para los alumnos y, de paso, informaba a la señora Ammannati del comportamiento de su hijo. Pagnoni, en 1604, en el Santo Oficio (de Padua) denuncia a Galileo: “(...) le he visto hacer horóscopos en su habitación (...) he estado 18 meses en su casa y no lo he visto ir nunca misa (...) He sabido por su madre que nunca se confiesa ni comulga: ella a veces hacía que averiguara si en las fiestas iba a misa y yo, al seguirlo, vi que en lugar de ir a misa iba a casa de Marina [Gamboa], su puta veneciana (...)” [1] –quien fue la madre de los tres hijos (dos mujeres y un varón) de Galileo.

Aunque la relación entre madre e hijo ya no era muy buena, Galileo se hizo cargo de su familia a la muerte de su padre (en 1591). En cuestión de dineros, el joven se enfrentaba a una situación difícil, pues tenía que pagar la dote de sus dos hermanas, mantener a su hermano músico y a su mamá. Las cátedras de matemáticas le aligeraban la carga, pero no era suficiente. Por ello vendía compases geométricos para hacer cálculos, hospedaba a alumnos y daba clases particulares [2].

Consciente de su situación económica, Galileo supo que debía trabajar más en sus contactos con el poder, si deseaba adquirir prestigio. El mecenazgo fue una institución social generalizada en Europa. Aquellos que no tenían mecenas no tenían movilidad social ni la posibilidad de una carrera profesional. Fue gracias a sus relaciones sociales que Galileo obtuvo la cátedra de matemáticas en ambas universidades. Empero requería de alguien muy poderoso en términos sociales, políticos y económicos, y ya lo tenía en la mira desde hace tiempo: Cósimo, uno de sus alumnos, era parte de la Corte y, en 1609, lo coronaron, justo cuando Galileo desarrollaba con mayor precisión sus estudios astronómicos. Así, en 1610, a sus 46 años de edad, el científico renunció a la cátedra y se transformó en el filósofo y matemático del gran duque de Toscana; llegó a obtener el título de *Molto Illustre* [3] –equivalente a un grado de postdoctorado en nuestro tiempo.

En ese periodo, la popularidad de Galileo se extendió rápidamente con la publicación de su libro *Sidereus Nuncius* (Mensajero Sideral), cuyos ejemplares se vendieron como pan caliente, pues en ellos se planteaba una teoría heliocéntrica que, por supuesto, desbancaba la idea geocéntrica de la Tierra, según doctrinas de la Iglesia. En ese tratado, el científico mencionó que a través de la invención del telescopio pudo ver que: “la Luna no es lisa, sino que mostraba montañas y valles; muchas y nuevas estrellas aparecían en donde antes sólo había oscuridad, la Vía Láctea no era una mancha lechosa sino un conjunto

casi infinito de pequeños puntos luminosos y el planeta Júpiter ya no estaba solo, sino acompañado por cuatro pequeños puntos que giran a su alrededor” [4].

Su sapiencia, aunada ahora a una buena posición, hicieron famoso a Galileo en toda Europa. Ya no tenía que buscar mecenazgos, pues las cortes más importantes de ese continente se peleaban por tenerlo entre sus miembros, lo que lo convirtió en un científico independiente. La popularidad era tal que incluso Kepler –uno de los investigadores más importantes del momento– lo felicitó y entabló comunicación con él a través de cartas; en Roma –donde en principio no se aceptaba el descubrimiento de Galileo–, Ceci, un joven de la nobleza romana, invitó al italiano a formar parte de la Academia de los Linceos. El rápido avance, no obstante, también le sumó opositores, la Iglesia y su Santa Inquisición, fueron los más atroces. El clero no estaba de acuerdo con las ideas copernicanas –ni con los seguidores de éstas–, por su oposición a las Sagradas Escrituras, lo que era tildado de herejía. Si bien Galilei –respaldado por algunas cortes y científicos– defendió los resultados de sus investigaciones, tuvo que abjurar de éstas en 1633 [5], cuando se enfrentó al Santo Oficio. (Se dice que al final del juicio espetó: y sin embargo se mueve). La Santa Inquisición no lo mató, pero lo desterró en su casa de Arcetri, cerca de Florencia, donde murió en 1642, a los 78 años.

Referencias bibliográficas:

[1] Beltrán Marí, Antonio. **Talento y poder. Historias de las relaciones entre Galileo y la Iglesia católica**, Unión Europea: Laetoli, 2006, pp. 16.

[2] Biro, Susana. **La mirada de Galileo**, México: Fondo de Cultura Económica, 2009.

[3] Biagioli, Mario. **Galileo cortesano. La práctica de la ciencia en la cultura del absolutismo**, Madrid: Katz, 2008.

[4] Esteban Piñeiro, Mariano. “Galileo, los precursores españoles del genio”, **La aventura de la Historia**, Vol. 11, No. 126, 2009, pp. 18-23.

[5] Finocchiaro, Maurice A. “The Church and Galileo”. **Catholic Historical Review**. Vol. 94. No. 2, 2008, pp. 260-282. [artículo disponible en: [www.bibliotecas.buap.mx](http://www.bibliotecas.buap.mx)]